

VI.

LA FIESTA DE LA DOLFINA.

—¿Y bien? —le preguntó D. José en cuanto vió renacer la vida y la inteligencia en los ojos de Dolci.

—Y bien —dijo Luca — es necesario que nos separemos, amigo mío.

—Os comprendo, Dolci; pero creo que habla vuestra cabeza y no vuestro corazón. No os abandonaré. He previsto todo cuanto podéis tener que decirme, y no os abandonaré.

—Es preciso, José, es preciso, á fin de que, para suprema desesperación mía, no llegue á oiros maldecir en vuestro lecho de muerte ó en el mío el día en que se estrecharon nuestras manos y se unieron nuestros corazones. Es preciso para que la voz de un amigo no sea la primera que se alce contra mí en el valle del supremo y terrible juicio.

—Todo eso está muy bien —replicó D. José;— pero aunque peligre el cuerpo y el alma, no abandonaré jamás al amigo que he elegido.

—Escuchad, pues —dijo Luca.

Y le repitió palabra por palabra la conversación

que acababa de tener con la Marquesa, no ocultándole á qué condiciones había comprado la esperanza de que le amase.

—Bien está —dijo entonces D. José;— haré lo que hagáis. Seremos cómplices como hemos sido amigos. Pero, por favor, Luca, seamos hombres en todo como lo hemos sido hasta el presente. No perdamos la única virtud de las almas caídas, el orgullo. Os confieso..... Pero, mirad, aquí tenemos una botella de Chipre viejo, del que os he hecho beber algunas gotas hace un momento para devolveros la vida. Vaciad ese vaso y dádmelo. Os confieso —decía — que no soy hombre de pecados ni de virtudes á medias. De la misma manera que vació este vaso, me conduciré en la vida con franqueza y á grandes pasos. Sufro de buen grado el odio, pero no el desprecio, y el desprecio cae igualmente, Luca, sobre el que se oculta para llegar á un confesonario, como sobre el que busca hipócrita sombra para abrazar á una mujer. No hemos sido cristianos débiles; pues bien, creedme, tampoco seremos medianos libertinos.

Y el joven bebió otro vaso de vino.

—El mejor entre los buenos ó el peor entre los malos, esta es mi opinión —dijo Luca.—No temáis en mí debilidad ni vacilación. Este amor me ha

vencido y dominado, pero ésta será mi última debilidad. Además quedáis conmigo, y si hace un instante he perdido el conocimiento, ha sido únicamente porque creía veros por última vez. Ahora que estáis resuelto, querido amigo, puedo decíroslo francamente.

— Lo sospechaba; pero bebed, Luca; es necesario que nos acostumbremos á beber. Estoy dispuesto á no dejarme vencer en nada. Y á propósito, ¿no me habéis dicho que en otro tiempo os ejercitasteis en la esgrima?

— Sí, para robustecerme, porque mi salud era débil. Hasta había llegado á adquirir cierta habilidad de la que me envanecía más de lo conveniente para mis ideas de entonces. Por esta razón renuncié á este ejercicio el año pasado.

— Pues bien, volveremos á dedicarnos á él— contestó D. José— y por mi parte os haré apretar los puños cuanto queráis..... ¡Y bien, ya estáis otra vez pensativo! Nada de eso. Bebed. Ahora es necesario caminar sin volver la cabeza y no dudar del éxito.

— No es que dude, no. Esa mujer orgullosa y corrompida, á la que amo locamente, juzgándola á sangre fría, se entregará dentro de un mes en cuerpo y alma al galán más famoso de Venecia, y

ése seré yo; entregaráse al libertino más desenfrenado, y yo seré ese libertino. Yo lo seré, amigo mío, porque para ostentar todos los vicios no se necesita la cuarta parte del valor que es indispensable para practicar una sola virtud, y hasta hoy las he practicado todas, aunque á costa de muchos combates. Ser vicioso es dispensarse del trabajo incesante y viril, del esfuerzo continuo y vigoroso que se llama voluntad. Es arrojar el remo y abandonarse á la corriente. La pasión nos arrastra con bastante rapidez sin necesidad de que se la ayude; juzgad, pues, qué sucederá si se secunda con algo de voluntad el impulso de las pasiones, tan fuerte ya por sí mismo, si se dedica valor al vicio, que en la generalidad no es más que debilidad, sistema y premeditación al libertinaje, que comunmente no es más que estúpida indolencia. ¡Con cuánta facilidad debe llegarse á ser maestro entre tantos imbéciles cobardes! He dicho «dentro de un mes»; no, amigo mío, mañana, esta misma noche nos pertenecerá ese reinado, si queremos conquistarlo. No es esto lo que me inquieta y hace pensar, sino que me pregunto si esa mujer, que después de todo tiene talento, cuando haya visto qué fáciles son esos vergonzosos triunfos y cuán poco cuesta coronarse con ellos, no los apreciará al fin en lo

que valen; si su espíritu, ilustrado por esta luz, no se abrirá al amor de lo que es bello y verdaderamente digno del hombre, las luchas y victorias de la voluntad; si no habré sido elegido yo para realizar esa conversión hasta con peligro de mi alma, y si vos y yo, querido José, no volveremos pronto á Dios trayéndole por excusa esta magnífica presa.

— Esperémoslo así— contestó gravemente don José levantándose.

Pero estaba demasiado tranquilo para no ver que esta esperanza de Dolci era uno de esos argumentos especiosos que inventa la pasión para dar á la conciencia conmovida un pretexto de reposo.

— Vamos, pues, á vestirnos— dijo Luca.— ¡Dios es grande! La esperanza es como el cielo de las noches; no hay rincón, por obscuro que sea, en el que, si se obstinan los ojos, no concluyan por descubrir alguna estrella.

Era más de media noche, y ya hacía algunas horas que el palacio de la Dolfina lanzaba á los canales, puentes y calzadas resplandores de incendio, apareciendo blanco y transparente en medio de su espléndida iluminación. Entre aquel resplandor, bajo los árboles del jardín, cuyas hojas parecían inflamadas, á través de las ventanas encendidas

como hogueras, y hasta sobre las terrazas envueltas en luminosa bruma y rojizos vapores, veíanse desde lejos pasear y moverse los innumerables convidados de aquel palacio encantado, paseando como hadas y genios en morada luminosa y fantástica. Deslumbrábase la vista al querer seguir en la soberbia confusión los penachos de mil colores balanceando sobre las tocas ó anchos sombreros, las cadenas de oro brillando sobre los justillos de terciopelo, los ondulados reflejos del satén prensado, las flores en la cabeza y bajo los pies de las mujeres, las perlas, las flores de mar, adornando en guirnaldas frentes jóvenes, y por encima de todo la magnífica variedad de trajes orientales. Porque en casa de la Dolfina, como en el palacio del Dux de Venecia, estaban representadas todas las naciones, y frecuentemente ocurría que los mismos embajadores servían para el Dux y para la cortesana.

Durante la primera parte de la noche se había jugado como se jugaba en aquel tiempo, en el que eran pocos los ricos, pero lo eran asombrosamente. Mercaderes judíos habían perdido flotas enteras: un príncipe de Italia se había visto cruelmente obligado á hipotecar su principado. Un armenio había perdido en un cuarto de hora una caravana

de pieles que empleaba seis meses en completar su cargamento. Otro extranjero que pasaba *in petto* por ser pirata del archipiélago, había ganado en un golpe de dados todo un barrio de Venecia; verdad es que al siguiente golpe había perdido dos islas griegas, Chio y Samos. Aquel buen hombre estaba arruinado, si el ladrón puede estarlo alguna vez.

Á una señal de la Dolfina, señal que tuvo el efecto de golpe de varilla mágica, sobrevino una invasión de esclavos negros vestidos con túnicas de seda roja bordadas de oro; mesas suntuosamente servidas llenaron las galerías, los jardines y las terrazas, y todos se sentaron, comenzando la cena.

Vestida la Dolfina con traje de bacante, reinaba en la galería principal del palacio, en el centro de una mesa en la que había colocado á sus convidados más ilustres y á las mujeres más hermosas de la fiesta. Pero la Dolfina, en medio de su triunfo, parecía pensativa; tenue arruga surcaba su frente estrecha y tersa como el mármol; sus ojos, por extraordinario prodigio, parecían perseguir un pensamiento en el espacio; pero, á pesar de esto, vaciábanse las botellas en derredor suyo, reían las mujeres, los hombres equivocaban los vasos, y

la orgía aumentaba poco á poco como la tempestad.

—¡Ah señora!—exclamó el conde Rafael Angelmonte, que estaba sentado casi enfrente de la Dolfina—'acabáis de suspirar. Es la segunda vez que lo hacéis esta noche y en vuestra vida. ¡Tened cuidado! ¡los suspiros producen la tisis, niña divina! Esa piel de tigre os sienta maravillosamente. ¡Diantre! esta noche os amo de un modo furioso. ¡Pero he aquí un vino que no conozco! ¡Dolfina mía, diosa ó mortal, mujer ó tigre, en vano contemplo y bebo este vino; por Baco, no le conozco! ¿Habéis descubierto alguna cueva perdida del abuelo Noé? ¿Ó bien, esencia de belleza?....—¡Hola, señoras! que aquellos ó aquellas que dicen que estoy achispado, se dignen escuchar el giro que voy á dar á esta frasecilla, ¿ó bien, esencia de belleza.... hablo á la Dolfina.... este vino os lo ha enviado el mismo Sol como galanteoría de amante á su amada, ó como regalo de igual á igual?

—¡Bravo! ¡no! ¡no! ¡no está achispado!—exclamaron los comensales.

—Bien lo sabía yo—dijo el conde Rafael;—y vos también lo sabíais, señora, ¿verdad?—añadió abrazando cordialmente á una hermosa griega sentada á su lado.

—¿Qué?—preguntó la hermosa griega.

—¡Nada, á fe mía!—contestó el Conde.—Escuchad, magnífica Dolfina: decidme el nombre de este vino, y os diré dónde ha pasado el día Miguel Gritti.

La Dolfina se echó á reir.

—Monseñor—dijo—¿sabéis que un portugués llamado Vasco de Gama descubrió hace unos cien años una punta de tierra en África, á la que llamó cabo de las Tempestades?

—No, á fe—contestó el conde Rafael;—pero me importan poco él y su cabo.

—Pues bien, monseñor: en ese cabo plantaron viñedos; de aquellos viñedos hicieron vino, y de ese vino estáis bebiendo.

—He conseguido lo que deseaba—dijo Angelmonte;—en cuanto á Miguel Gritti, señora, ha pasado el día en el palacio de la joven Contarini, esperando sin duda pasar alguna vez la noche.

—¿La niña Julia? ¡pero si es fea!

—No, rubia bacante, porque si me atreviese á decir.....

Estrepitoso ruido de bravos y aplausos brotó repentinamente de los jardines, interrumpiendo al conde Rafael.

—¡Él es!—exclamó la Dolfina.—No hay en el

mundo otro hombre á quien pueda recibirse de esa manera.

Y se levantó radiante sobre su trono para ser la primera en ver á Gritti cuando apareciese en lo alto de la escalera interior. Todas las miradas se fijaron en el mismo sitio, y en la extensa galería reinó profundo silencio.

Entonces se presentaron Luca Dolci y D. José en el último peldaño que formaba ancho descanso de mosaico delante de la puerta de la galería. Antes de entrar se detuvieron los dos jóvenes en la puerta, la mano izquierda apoyada en la cadera y sosteniendo la capa, la pierna derecha extendida y la cabeza echada atrás.

En aquel país del arte y la belleza hubiese bastado sin duda el carácter gracioso y altivo de aquellos jóvenes semblantes, la actitud elegante y orgullosa que habían tomado los dos caballeros, el exquisito gusto que revelaban sus trajes sencillos y ricos como el de los nobles españoles, para arrancar á todas las bocas un murmullo de aprobación. Pero Luca Dolci y D. José tenían, además de su belleza, su nombre y la reputación de su vida inmaculada, que daba á su visita á aquella hora y en aquel lugar el precio de favor inaudito y el resplandor de un prodigio. Así fué que, con

movimiento unánime, todos los convidados se levantaron y aplaudieron con las manos y la voz, excitando el entusiasmo por embriaguez iacipiente y agradabilísima sorpresa.

Entonces desprendieron los jóvenes el brazo izquierdo y se quitaron las tocas, saludando á la concurrencia con la exquisita elegancia, el soberano aplomo y la estudiada gracia que en aquel tiempo hacía de un saludo una ceremonia por la que en todos los países se reconocía al gran señor.

—Señores—dijo la Dolfina dando un paso para recibirles—¡mucho honor me dispensáis! ¿Vos señorías en mi casa? Espero que cenaréis con nosotros.

—Hasta morir, señora—contestó Luca.—No cenamos de otra manera el señor de Frías y yo. Vuestros brazos, señora—añadió besando la mano á la Dolfina—son dignos de adoración. ¿Verdad, D. José?

—Deslumbran—dijo D. José de Frías, besando la otra mano á la cortesana.

—¡Sois de veras amables, señores!—exclamó el conde Rafael;—y parece que para jóvenes que se dedican al estado monacal, la cosa promete. ¿Recitáis el *Pater noster* en los brazos de esa dama?

Luca Dolci acababa de sentarse sin cumplimiento al lado de la Dolfina, sin que el príncipe alemán á quien usurpaba el puesto opusiese otra resistencia que sordos murmullos.

—Messer Rafael—contestó el joven—ruégoos que creáis que nada prometemos el señor de Frías y yo que no estemos dispuestos á cumplir. Así, pues, nos propusimos, á consecuencia de una historia demasiado larga para referida, llevar durante algunos meses vida seráfica, y todo el mundo sabe que la hemos llevado. Ahora nos proponemos que nos amen todas las señoras presentes sin ninguna excepción, y nos amarán, ¿verdad, D. José?

—Sí—contestó el español.—¿Verdad, señoras? La risa de las mujeres brotando en toda la galería con franca sonoridad dió á la pregunta halagüeña respuesta.

—¡Ya lo veis, caballero!—repuso Luca Dolci dirigiéndose al conde Rafael.

—Pero, joven—dijo de pronto el príncipe alemán despertando de su entorpecimiento—creo que habéis ocupado mi puesto.

—¿Lo creéis?—exclamó Dolci, que desde su llegada vaciaba vaso tras vaso.—¿De veras lo creéis, vecino? ¡Ocupo vuestro puesto al lado de la primera belleza del universo, y un cuarto de

hora después comenzáis á sospecharlo! ¿Y tal vez pretenderéis que os la devuelva? Nada de eso, caballero; os serviré de beber y estaréis pagado. ¡Qué diablo! beberéis igualmente bien al lado mío que al de la diva. Además, si tenéis algo que decirle, cosa que dudo, decidlo, noble extranjero, y se lo transmitiré fielmente y hasta en mejores términos que podríais hacerlo vos. Dicho esto, bebamos..... ¡A vuestra gloria, Príncipe!

—¡Estáis achispado, joven!—dijo el alemán con dignidad.

—Sin duda; pero vos estáis ebrio.—Pero, reina mía—añadió Luca volviéndose hacia la Dolfina—¿no decís nada? En último caso, tenéis razón. Dejad que charlen las mujeres que tienen medianos encantos; vos, señora, no necesitáis más que existir para agradar, respirar para ser amada. ¿A qué hablar, verdad? ¡Miradla, Frías! ¿No es divina? ¿no debo de enloquecer de alegría al pensar que la semana que viene seré su amante?

—Pero, monseñor.....—dijo la Dolfina riendo é inclinándose hacia el joven en su sillón.

—¿Pero qué, hermosa mía? No os incomodéis; será antes si gustáis.

—¡Hola, Dolci!—exclamó en este momento don José, que estaba sentado enfrente de Luca entre

dos mujeres hermosísimas, una granadina, según decían, y otra esmirniota.—¡Hola, amigo mío! sacadme del apuro en que me encuentro: ¿á cuál de estas dos damas debo amar?

—A la más hermosa.

—Lo son las dos.

—¡A la más necia, en ese caso!—replico Dolci.

—Las dos lo son á más no poder. Pero una habla turco, y como no lo comprendo, me parece mejor. ¡Salamalee, señora!—añadió el joven rozando con los labios el hombro de la esmirniota.

—Por mi parte—dijo el conde Rafael—prefiero las mujeres de talento.

—¡Bah!—exclamó Luca—¿para qué? ¿No es la mujer una distracción?

—Hasta ahora he creído que sí—dijo Rafael.

—¡Pues bien! en ese caso, es preciso no hacer de ellas una ocupación. Una mujer de talento, querido Rafael—os llamo familiarmente querido, porque los dos estamos achispados—una mujer que tiene talento se separa de su objeto y viene á ser un trabajo estar á su lado. El amor debe dirigirse á todos los sentidos y nunca á la inteligencia. Que una mujer halague los ojos, los oídos, la nariz y los labios, que sea hermosa y toque el bandolín, que se perfume y tenga la piel fina, este

es su derecho y su deber. Pero que no tenga talento, ¡sangre de Satanás! porque si tiene talento, hará versos— escuchadlo bien, Rafael— si hace versos, me los recitará, y comprenderéis que si se pasa el tiempo al lado de una mujer en estas necedades, tanto valdría pasar la noche en conversación con una flor ó una estrella, esas dos inspiradas amantes de los poetas, esas dos eternas machacadoras de sonetos.

—Perdonad, messer—dijo un joven alto, pálido y vestido de negro, que estaba sentado al otro lado de la mesa, enfrente de Dolci— pretendo hacer sonetos bastante aceptables, y hago profesión de no soportar impertinencias.

—¡Pues yo la hago de decirlas á los necios!— replicó Dolci.

—¡Bien! ¡bien! ¡hurra!.... ¡Adelante, señor poeta— vociferó el conde Rafael, agitándose en la silla.

El joven pálido se había puesto encendido y se levantó desenvainando el puñal.

—¡Monseñor! ¡señores, por favor!—dijo Dolcina, lanzando un grito de terror que repitieron todas las mujeres.

—Vamos, explicaos, amigo mío—dijo Luca Dolci, levantándose á su vez y desenvainando el suyo.

—¡En guardia, messer!—dijo el poeta.

—A vuestras órdenes, caballero.

—Ahí tenéis mi guante—repuso el joven.

Y al mismo tiempo la aguda y brillante hoja de su puñal desapareció entre los pliegues de la capa con que Dolci se había hecho rápidamente un escudo.

—¡Tomad el mío!—replicó Luca.

Y al mismo tiempo su puñal, que balanceaba cogido por la punta entre el pulgar y el índice, fué á clavarse en medio de la frente del poeta; la sangre brotó bajo la pedrería incrustada en el pomo, y el joven cayó como aturdido por un mazazo.

Momento de agitación siguió al fatal desenlace de la disputa; pero en cuanto los criados sacaron al herido de la sala é hicieron aspirar esencias penetrantes á algunas mujeres que se habían desmayado, los comensales, como habituados á escenas de esta clase, comenzaron á hacer resonar de nuevo la galería con ruidosas carcajadas y confusas declaraciones de amor. Solamente D. José observó que en el momento en que el joven poeta cayó con la frente y el rostro ensangrentados, Luca Dolci palideció espantosamente y bebió de un trago enorme copa de vino.

—¡Bravo, Dolci!—exclamó D. José;—podíais

haberle picado en el corazón, y habéis preferido aturdirlo provisionalmente; jeso es muy laudable!

—¡Bah! hablemos de otra cosa—contestó Dolci.—¿En qué consiste, señores, que no se encuentre aquí el caballero Miguel Gritti?

—Monseñor—dijo la Dolfina—soy tan curiosa que daría ahora mismo mi vida por saber dónde está ser Gritti y qué hace.

—¿Vuestra vida, señora? Pues me pertenece—repuso Luca levantándose—porque os lo diré muy pronto. ¿Venís, Frías?

—¿Dónde?

—En primer lugar, al palacio Gritti.

—Vamos todos allá—exclamó Rafael;—todos en nuestras góndolas, y tendremos cierto parecido con la flota de Cleopatra.

—¡Vamos!—dijo la Dolfina levantándose y blandiendo una antorcha:—imitadme, señores, ¡prendamos fuego al mar!

Cogiendo antorchas todos los convidados se precipitaron detrás de la Dolfina lanzando alegres gritos, y la brillante comitiva comenzó á bajar las escaleras como torrente de oro y diamantes.

Antes de llegar al borde de la laguna, el grupo aumentó con todos los que se encontraban en los jardines, y un momento después una flotilla de

innumerables góndolas surcaba el canal, cargada de multitud de caballeros, mujeres, flores y luces, lanzando entre el silencio de la ciudad dormida canciones y gritos de fiesta y reflejando hasta el fondo de las aguas los millares de antorchas que hacían brotar una selva submarina de cristalizaciones luminosas y radiantes columnatas.

Luca Dolci había saltado, durante el camino, de su góndola á la de la Dolfina, que bogaba á la cabeza.

—Así, pues, señora—le decía—es cosa convenida; si os hace traición, ¿nos amaremos?

—Sí, monseñor—contestó la cortesana, lanzando una carcajada según su costumbre.—¿Y cuánto tiempo?

—Preguntad á las estrellas cuánto tiempo brillarán. Apuesto á que no lo saben. ¿Vale por eso menos su resplandor?

La Dolfina comenzó otra carcajada que interrumpió bruscamente al ver en las gradas de Santa María Formosa dos siluetas gigantescas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dolci.

—Ocurre—contestó la Dolfina—que allá arriba están, como dos santos en sus nichos, el señor Gritti y el caballero Vespasiano.

La noticia circuló de góndola en góndola, y la

flotilla se detuvo. Al mismo tiempo se entreabrieron dos ventanas, una á cada lado del canal. Los cantos y los gritos cesaron, y la góndola de la Dolfina se acercó sola hasta el borde de la calzada.

—Acercaos, messer Miguel; tengo que hablaros—exclamó la Dolfina subida á la proa de su barca y agitando la antorcha como un tirso.

Gritti bajó lentamente los peldaños de la escalinata y se acercó al canal.

—¿Qué queréis, hermosa?—dijo sin estrechar la mano que le tendía la Dolfina.

—Monseñor, en nombre del amor y de mi belleza, os intimo que me sigáis.

—Imposible, hija mía.

—¿De veras, monseñor?

—Muy de veras, querida.

—¡Ay!..... ¿Habré de tomar amante?

—Como gustéis.

—Gritti, ¡estrangularé con mis manos á la Contarini!

—Mala palabra para boca tan bella—dijo Gritti sonriendo.

—¡Ay! ¡yo os amaba!—repuso la Dolfina mandando á Gritti un beso con la mano y haciendo señal á los remeros para que bogasen.—Adiós, monseñor.

—¡Adiós, buena muchacha!—contestó Gritti.

—¡Volvamos á casa, señores!—exclamó la Dolfina colocándose á la cabeza de su cortejo flotante.

—¿A vuestra casa, hermosa dama?.....—murmuró Dolci al oído de la cortesana.

—¡Por las trescientas mil! noble Miguel—dijo Vespasiano á su amigo, que había vuelto á su lado.—Esa escena me ha partido el corazón.

—¡Bah! ¡bah! ¡Otras muchas habéis de ver! Si esa encantadora niña quiere, hombre soy para cantar misa mañana, y vos la cantaréis también, amigo mío.

—¡Yo cantaré el diablo y sus quinientos mil tridentes!

—¿Queréis, pues, que nos separemos, Vespasiano?

—Pero decidme—replicó Vespasiano con tono plañidero:—¿no es cosa cruel para un militar que ha combatido á los turcos durante diez años de su vida, venir á pasar la noche en el pórtico de una iglesia como un monaguillo? ¿No es esto ridículo?

—Vamos, amigo mío, dormid tranquilamente,—contestó Gritti envolviéndose en su capa y acostándose en el suelo.

—¡No, no dormiré! ¡mejor me pondré á bailar!

—Bailad, si os place.

—A fe mía que quisiera—dijo el desventurado caballero paseando precipitadamente por el pórtico;—á fe mía que quisiera viniese ahora mismo un tunante á reirse en mis barbas; le haría pasar un buen rato.

—Os advertiré—dijo Gritti—que alguien se ha acostado cerca de vos.

—¡Pronto! levantaos, Miguel—exclamó alegremente el caballero;—he aquí el alba, y he visto abrirse una ventana.

—En efecto—dijo Gritti levantándose precipitadamente y sacudiendo el polvo de la capa.

Los dos jóvenes bajaron entonces al borde del canal y saltaron á la góndola de Gritti que les esperaba. Pocos golpes de remo bastaron para llevarles al pie del palacio Contarini, del que estaba entreabierta una ventana: por entre el balaustre de mármol del balcón pasó una manita, cayendo á la góndola un ramillete. Gritti se lo llevó vivamente á los labios.

Pocos momentos después, otra góndola, guiada también por eriado con librea patricia, avanzaba entre las brumas de la mañana, deslizándose cerca de la opuesta orilla.

—¡Baco y San Marcos! ¿estoy soñando?—exclamó Vespasiano.—¡Mirad, Miguel!

—¡Luca Dolci!—dijo Miguel lanzando un grito de sorpresa.

—Y D. José—añadió Vespasiano.—¡Borrachos como dos odres!

Luca y D. José estaban tendidos en el fondo de la góndola, y por la livida palidez de sus rostros se les hubiese creído cadáveres, á no ser por los convulsivos estremecimientos que les agitaban por momentos.

Los rastros de desenfrenada orgía, impresos en la alteración de sus facciones y en el desorden de sus trajes, formaban penoso contraste con el aspecto distinguido y delicado de sus personas.

—¡Triste espectáculo!—murmuró Miguel Gritti.

Cuando decía esto, la góndola de Luca se detuvo ante el palacio Giustiniani, cuya morisca fachada blanqueaban los primeros rayos del sol. Abrióse misteriosamente una ventana, y un ramillete cayó á los piés de Dolci. Recogiólo, saludó con la cabeza y volvió á caer inmóvil en el fondo de la góndola.

—Esta mañana llueven flores—dijo Vespasiano.—Pero ¿qué diabólica mano ha arrojado aquéllas?

—Diabólica, esa es la palabra—contestó Miguel.—Esa mano es de la Marquesa romana, la

Giustiniani, que habita ese palacio desde que murió su tío el Conde.

—¡Ah! dicen que es muy hermosa, messer.

—Extraordinariamente—contestó Miguel.

En aquel momento, cambiando de rumbo, se cruzaron las dos góndolas.

—Salud, señores—dijo Miguel cuando las barcas estuvieron bordo á bordo.

Luca y D. José se levantaron vacilando y saludaron.

—¿Puede saberse, messer Luca, de qué alegre sitio salís esta mañana?

—De casa de la Dolfina—contestó Luca—donde esperaba encontraros, señores.

—No, amables jóvenes: nosotros salimos de la iglesia, donde creíamos veros.

—Yo no voy á la iglesia ya—messer Miguel.

—Ni yo á casa de la Dolfina—messer Luca.

—Celebraré que obtengáis buen resultado, caballero.

—¡Muerte y demonio! siempre lo obtenemos, joven—exclamó Vespasiano;—me alegraré de que lo sepáis, y tengo el honor de desearos igual fortuna.

—¡Amén!—contestó D. José cuando las góndolas se separaron entrando cada una por distinto canal transversal.

VII.

LA ÚLTIMA CONDICIÓN.

A partir de aquella noche, sea que Luca Dolci hubiese cobrado gusto á su nueva vida, sea que le impulsase la violencia de su amor, siguió con ardimiento el camino que le había trazado la Marquesa.

A los dos meses no había juego extravagante que no hubiese jugado, orgía monstruosa con que no hubiese escandalizado la opinión pública, aventura que no hubiese paseado, mujer honrada que no hubiese comprometido, duelo de que no hubiese sido héroe implacable. Asombraba á todos, y hasta á D. José de Frias, la especie de crueldad que ostentaba Luca en su conducta, tanto en amor como en desafíos. Sus perfidias con las mujeres eran bárbaras, y en los combates ostentaba valor salvaje que rayaba en ferocidad. En vano se buscaban en él esas cualidades secundarias, pero brillantes, que algunas veces adornan los grandes vicios y casi hacen perdonarlos. Dolci se dedicaba al libertinaje con conciencia implacable; jugador sin freno y duelista sin generosidad, perseguía la